

queda á los hijos del Profeta impuro,
del eden español donde soñaron
entre flores hallar grato sepulcro
y desde allí volar al paraiso,
mansión del bien y del contento sumo.

Córdoba se rindió; la ciudad bella
emporio de la ciencia donde tuvo
un templo el Arte y la inmortal Poesía
supo ejercer su saludable influjo,
donde moros ilustres desdeñando
de Marte airado el hierro furibundo
al campo de la pura inteligencia
fueron con viva sed de nobles triunfos
y consiguieron en su afán de gloria
eternizar sus nombres en el mundo;
Córdoba es ya del cristianismo foco:
de un santo rey al poderoso impulso
se hundió el alcázar que el infiel alzara
con su aguerrido brazo tan robusto.
Huyó la ciencia antigua; más en cambio,
de la divina luz el brillo puro
disipó las tinieblas en la mente
antes llena de míseros absurdos.

No es ciencia la que al hombre no engradece,
su destino es hacerle bueno y justo:
doctrina vil que á la moral deprime
hace al saber abominable insulto.

II

Corría el siglo quince: de Castilla

sentábase en el trono Juan Segundo,
y en tanto que sus nobles mal contentos
se agitaban con guerras y disturbios
que en pérfido consorcio presidieran
la bastarda ambición y el fiero orgullo,
de relevantes prendas adornado
y de virtudes que desdeña el vulgo,
en Córdoba vivía un hombre humilde
honrado y fiel, mas de linage oscuro.

Cercábanle gravísimos cuidados,
y pobre, sin amigos, sin recursos,
á través de sus lágrimas vió siempre
de la inflexible suerte el ceño adusto.
Con su enferma mujer, su hija demente
y él sin poderlas dar alivio alguno,
dentro del triste corazón sentía
el más hondo dolor, el más agudo,
no encontrando consuelos en los hombres
que al ver de la desdicha el rostro místico
huyen cual si temieran el contagio
recibir en el aire de un saludo.

Los grandes de la tierra en sus placeres
temen mirar de cerca un importuno
de esos que escrito el sufrimiento llevan
en su marchita faz con hondos surcos;
por eso el buen Gonzalo, que tal era
el nombre que á los cielos darle plugo
á este padre infeliz, jamás hallaba
un pecho noble, generoso y puro
donde pudiera en dulce confidencia
depositar las lágrimas del suyo.

Mas él no se arredraba, que en el cielo
 buscaba protección; y si confuso
 en el revuelto mar de sus ideas
 vióse expuesto á perder el recto rumbo
 de su razón, el nombre de la Virgen
 era el potente, mágico conjuro
 que calmaba los vientos impetuosos
 volviéndole la paz en solo un punto.

Llegó para Gonzalo un triste día
 que horrendo colmo á sus desgracias puso:
 sus hijos pan pidiéronle llorando
 y el desdichado padre no le tuvo:
 su esposa se quejó, le reconvino
 y le hizo cargos en verdad injustos.
 Rechazado Gonzalo, á la demente
 acercóse, que atada á un hierro duro
 como temible fiera se agitaba
 impulsada de un vértigo profundo.

— «¿A qué te acercas, detestable viejo?
 dijo á su padre y apretó los puños.
 ¿Cuándo piensas sacarme para siempre
 de este horrible misérrimo tugurio
 donde llena de harapos y de heridas
 mi juventud y mi vigor consumo?
 Yo no quiero vivir como una esclava
 sino como una reina: de éste súcio
 calabozo salir quiero al momento,
 y en palacios de mármol, donde el rubio
 sol se repita en perlas y diamantes
 ansío vivir entre el deleite y lujo:
 quiero jardines de fragantes flores,

quiero de una princesa el tren agosto,
 y si no lo consigo, de mi vida
 furiosa voy á desatar el nudo.»

Procuró el padre consolarla; empero
 su afán y sus esfuerzos fueron nulos,
 y por dar breve trégua á sus desdichas,
 por disipar el hórrido tumulto
 de sus ideas, elevando al cielo
 su corazón en místicos discursos,
 de su casa salió; diversas calles
 atravesó con rostro taciturno
 viendo marchar al delicioso campo
 jóvenes mil en placenteros grupos
 á sepultar los restos de sus penas
 de grata vid bajo el dorado zumo.
 También Gonzalo al campo dirigióse,
 que á solas implorar era su gusto
 la protección del Dios Omnipotente
 que de las almas es dueño absoluto.

III

Y era una hermosa mañana
 en que el bello rey del día
 de su alcázar despedía
 su purísimo esplendor,
 y los montes y los valles
 y los collados amenos
 estaban de pompa llenos
 y de luciente verdor.

La galana primavera

desenvolviendo su manto
de juventud y de encanto
colmaba el rico verjel,
y el manso arroyo vestido
de perlas y argentería
por la pradera corría
bajo florido dosel.

Volaban las mariposas
cual joyas entre las flores;
cantaban los ruiseñores
á la venida de Abril,
y de aromas y armonías
sucumbiendo al dulce peso,
ora un suspiro, ya un beso
lanzaba el áura sutil.

Bajo este cielo apacible
y en este campo risueño
donde la vida es un sueño
de las dichas del edén
¿habrá corazón alguno
que de horrorosa tormenta
sufriendo el estrago sienta
perdido su dulce bien?

Sí, que los males del alma
se esconden en lo profundo
del corazón y del mundo,
los aumenta el esplendor.
El hombre entonces recuerda
que á ser dichoso ha nacido,
y llora su edén perdido
con más intenso dolor.

Gonzalo absorto, admirado
ante el brillo y la grandeza
que ostenta naturaleza,
espejo puro de Dios,
por encontradas ideas
combatido se sentía,
y su mente se perdía
de vagos sueños en pos.

Figurábase en el cielo
mirar de Dios la sonrisa
y que el gemir de la brisa
era un eco celestial
que del alcázar divino
bajando en dulce concento
anunciábale el momento
de poner fin á su mal.

Hay voces desconocidas
de mil fantásticos seres
que turban nuestros placeres
ó alivian nuestro dolor
cuando de dichas ó angustias
el alma siente el exceso
y del bien ó el mal al peso
rendida pierde el vigor.

Y siempre que de los sueños
en las mágicas regiones
penetran los corazones
dulce reposo á buscar,
en sus nebulosas puertas
vagas palabras escuchan,

y en vano afanosos luchan
queriéndolas descifrar.

Gonzalo á veces sentía
ya el temor, ya la esperanza;
ya en tormenta, ya en bonanza,
ya en paz, ya en agitación,
dentro del pecho luchando
á solas consigo mismo
sintió que en inmenso abismo
iba á hundirse su razón.

Y escuchaba extrañas voces
como el eco de una tumba
que le gritaban: «Sucumba
el que nace á padecer.»
Gritos que allá del infierno
medroso el viento traía,
y Gonzalo se sentía
entonces desfallecer.

Pero luego descendida
de la celestial altura
una brisa blanda y pura
como los sueños de amor,
girando en torno á su frente
gritaba con voz sonora:
«¡Feliz el que sufre y llora,
que le consuela el Señor!»

Y el génio del mal entonces
entre el aroma suave
de la flor bella y del ave
tomando el dulce cantar,

quiso con mágico filtro
que derramaba en el viento,
de Gonzalo el pensamiento
dulcemente envenenar.

Y le dijo: «no más llores
que el mundo al placer convida;
aun no conoces la vida
por su lisonjera faz;
si en tu hogar encuentras sólo
hambre, llanto, angustia y guerra,
huye de esta ingrata tierra,
parte en busca de la paz.

»Verás la voluble suerte
cual te colma de caricias;
gozarás de mil delicias
con lujo y esplendidez;
vuela, sí, y entre diamantes,
en olorosos jardines,
el aura de los festines
busca siquiera una vez.

»Busca el oro, que en el mundo
no hay otro poder que el oro,
y amor, justicia, decoro
todo cede á este metal;
él es el móvil supremo
de las humanas acciones,
él reina en los corazones
y no consiente rival.

»Busca las bellas sonrisas
de mujeres seductoras

en las silenciosas horas
de ensueños y de placer,
cuando la argentada luna
con el fulgor que derrama
de amor la gigante llama
sabe en el pecho encender.»

Mas luego de Dios el ángel
tomando formas severas,
destruyó las lisonjeras
del génio de la impiedad,
y al alma del buen Gonzalo
hizo ver el hondo infierno,
la mansión del llanto eterno
en su horrenda inmensidad.

Y mostróle extraños rostros
que con furor blasfemando
y los dientes rechinando
giraban en lucha atroz,
condenados al suplicio
de llorar siglos sin cuento
por escuchar un momento
de los placeres la voz.

Gonzalo, de asombro lleno,
en tierra cayó de hinojos
y al cielo alzando los ojos
de acerbo llanto á través,
dirigió sus oraciones
á la celestial María,
á aquella que luz y guía
de los desdichados es.

IV

«Hermosa reina del cielo
tiéndeme tu excelsa mano,
pues jamás te invoca en vano
quien necesita consuelo.
Si á través del azul velo
que el sol trasparente y dora
mis lágrimas ves, Señora,
con maternal compasión
consuela este corazón
de un desdichado que llora.

»En triste noche sombría
voy vagando por la tierra:
la fortuna me hace guerra
y el infierno me extravía;
pero tú que eres, María,
pura y bellísima aurora,
tu lumbre consoladora
sobre mí derramarás,
y la senda mostrarás
á el alma que errante llora.

»No busco el falso oropel
que estima la sociedad:
está la felicidad
del hombre muy lejos del;
tú desde el regio dosel
que el sol eterno decora,
con mirada brilladora

llena de divino encanto
puedes enjugar el llanto
y *hacer feliz al que llora.*

» Dame el bien que necesite,
pues yo mismo no lo sé:
que nunca pierda mi fe
ni al vicio me precipite.
Que jamás se debilite
esta fuerza protectora
que tu mano bienhechora
me dió contra Satanás,
y es el don que anhela más
el que combatido llora.

» Pues eres astro en Oriente
de cándido resplandor,
de las virtudes la flor
y de las gracias la fuente,
derrama en mi labio ardiente
esa linfa encantadora
y el pesar que me devora
huirá borrando sus huellas;
oye, oh Madre, las querellas
de un hijo; *¿no ves que llora?*

Así Gonzalo dijo
con lágrimas ardientes
clavando sus miradas
en los fúlgidos cielos transparentes,
y de la Virgen pura
anhelante esperaba su ventura.

También á veces con fervor llamaba

al gran Acisclo, á la inmortal Victoria,
á aquellos dos insignes cordobeses
que gozan hoy de Dios la eterna gloria
á su patria feliz ennobleciendo,
á aquellos santos mártires que ardiendo
en el amor que diviniza al hombre
defendieron de Dios la fe y el nombre
entre suplicios bárbaros muriendo.

A la encantada márgen de un arroyo
que en lánguidos acentos murmuraba,
sentóse tristemente,
y sus copiosas lágrimas mezclaba
con el limpio cristal de la corriente,
y sus ayes profundos
en las alas del viento se perdían,
ó á veces no lejanos
ecos á sus sollozos respondían.

Y en tanto que agitado, el pensamiento
alzaba á Dios en éxtasis de amores
pidiendo humilde que cesar hiciera
de su tirana suerte los rigores,
dentro del noble pecho dolorido
sintió brotar la fuente del consuelo,
como si hubiera el cielo
un resorte recóndito movido.

Entonces vió de lejos
por un gallardo joven precedidas
dos mujeres hermosas,
más que las azucenas y las rosas,
en los pensiles mágicos nacidas.

Los pájaros al verlas
 con extraña dulzura gorjeaban,
 y del campo las flores y las perlas
 en diamantes y estrellas se trocaban.
 Gonzalo, absorto, mudo,
 fijar los ojos quiso
 en la bella mujer que iba delante;
 mas soportar no pudo
 el divino fulgor de su semblante.

Ella, entretanto, con sonrisa pura,
 más que del sol de Mayo los albores,
 más que el aura que gime en la espesura,
 más que el aroma de las blancas flores,
 con voz bañada en célica dulzura
 que nunca imitarán los ruseñores,
 acércase á Gonzalo
 y cual si en él hallase tierno amigo,
 le dice con amor: —«Paz sea contigo.»
 Gonzalo sorprendido
 escuchó con temblor este saludo
 como por mano misteriosa herido;
 sus plantas vacilaron:
 ante aquella mujer cayó de hinojos,
 y en rápido torrente derramaron
 lágrimas de placer sus místicos ojos.

—«¿Quién eres tú, la dijo,
 que con la bella luz de tu mirada
 como los puros ángeles del cielo
 llenar sabes de mágico consuelo
 de un infeliz el alma atribulada?»

—«Yo soy la eterna amiga

de los hombres que férvidos me llaman
 cuando males tristísimos deploran,
 y mis hermanos son aquellos que aman
 y mis queridos hijos los que lloran.

»Tus lágrimas he visto,
 tus profundos suspiros he escuchado,
 y las tiernas plegarias elocuentes
 que á tu labio dulcísimo ha dictado
 la celestial virtud de los creyentes.

»No temas... esa fuente peregrina
 que al pie de verde higuera pura mana,
 una virtud encierra portentosa:
 toma un vaso del agua cristalina
 que allí verás brotar, dálo á tu esposa
 y á tu hija... cuán purísimo consuelo
 has de sentir mañana
 al ver que lá una, cuerda, la otra, sana,
 dulces ecos de amor mandan al cielo.»

Meditaba Gonzalo conmovido
 estas palabras, y el feliz augurio
 aun á creer no acierta,
 que nunca la fortuna caprichosa
 quiso llamar á la menguada puerta
 de su olvidado mísero tugurio.
 Entonces el mancebo
 con esforzada voz dice: —«No tardes
 si anhelas ver colmada tu ventura;
 haz lo que te ha mandado
 la Madre del Señor, la Virgen pura,
 que á consolar tus penas ha bajado

de su trono eternal de luz y gloria,
 pues gracia tal en tu favor consigue
 hoy mi ruego y el de esta que me sigue,
 mi amada hermana, la feliz Victoria.»

Gonzalo esto escuchó, y en vano quiso
 hablar, que el gozo le embargó el aliento,
 y como herido de invisible rayo
 vino á tierra en suavísimo desmayo,
 en éxtasis velado el pensamiento.

Abrió luego los ojos y buscando
 la anhelada visión encantadora,
 tan sólo vió sus celestiales huellas
 en los matices de lejana aurora
 y en el iris espléndido, divino,
 que cual fimbria riquísima ostentara
 en el cielo su manto purpurino,
 dejándole sembrado en flores bellas
 de tan radiante luz, que cerca de ellas
 asombrado el soberbio rey del día
 un pálido cadáver parecía.



TERCERA PARTE

UN ERMITAÑO

I

El celestial vaticinio
 de la Divina Señora
 cumpliése en el mismo día
 con exactitud pasmosa.
 Apenas el buen Gonzalo
 llevó el agua bienhechora
 á su casa y la bebieron
 en pos su hija de su esposa,
 de la salud vió brillar
 ésta la plácida aurora,
 y aquella de su delirio
 miró huir las negras sombras.

Con mil gritos de entusiasmo
 daban al Eterno gloria,
 celebrando en dulces himnos
 sus incomparables obras.

Con cien alas y mil lenguas
 fué la Fama voladora
 llevando por todas partes

esta nueva portentosa;
 ó quizá fueran aquellos
 génius de misericordia
 que el sueño de la inocencia
 velan, derramando aromas
 en la nacarada frente
 de la vírgen candorosa
 y con sus alas rechazan
 á las sombras tentadoras.

Entonces de la ciudad,
 y también de muchas otras,
 mil enfermos acudieron
 á la fuente milagrosa,
 y al beber sus puras aguas
 con la fe, *que es la victoria*,
 sintieron de sus dolencias
 la enorme cadena rota,
 de su salud contemplando
 la estrella consoladora.

Y era esta fuente la misma
 que al pie de la misteriosa
 higuera brotaba, donde
 con cauta mano devota
 ocultó un desconocido
 la imagen de la piadosa
 Madre del Divino Verbo
 entre mil tiernas congojas
 de amor, como ya hemos visto
 al comenzar esta historia.

Después el Señor no quiso,
 cuando con su mano heróica

el gran Fernando Tercero
 puso la cruz por corona
 á las torres eminentes
 que el diáfano cielo bordan
 de Córdoba y de Sevilla,
 hacer la maravillosa
 revelación del asilo
 de la imagen protectora.
 Ni de los célicos labios
 de aquella ante quien se postran
 los alados serafines,
 la oyó Gonzalo; tal honra
 fué para un santo ermitaño
 como inapreciable joya.

II

A través de blancas nubes
 con miedo la luna asoma,
 mirando en el claro Bétis
 su pálida faz llorosa.
 Doce lentas campanadas
 se han perdido en las remotas
 regiones de las estrellas,
 y armado de espesa sombra
 y helada niebla, el silencio
 inunda la tierra toda.

Ni aun los céfiros se atreven
 á mover las vaborosas
 alas; la luz de los astros

tímida baja y se asombra
 al tocar la tierra; á veces
 en ráfagas misteriosas
 óyense venir de lejos
 voces desconsoladoras
 que en el espacio sombrío
 se pierden como las gotas
 del agua en el gran Oceano.
 ¡Son las doce! ¡ay! triste hora
 en que el ángel de tinieblas
 fuerzas de gigante cobra!
 Mas también el puro cielo
 á los justos enamora
 con los sueños de la gracia,
 con la visión de la gloria.

La Arrizafa y el desierto
 de las ermitas se tocan
 en la solitaria falda
 de la sierra tenebrosa,
 cual dos beldades amigas
 que mutuamente se apoyan
 y unidas del brazo esperan
 entre tinieblas medrosas
 escuchar de sus amantes
 las pláticas seductoras.

Un anciano anacoreta
 que á la fuente milagrosa
 el verse libre debía
 de una enfermedad traidora,
 en su silencioso asilo,
 lejos de la estéril pompa

del frívolo mundo, á Dios
 alzaba la mente absorta,
 ansiando saber la causa
 del portento, y de su boca
 estas plegarias salían
 con dulce unción religiosa.

—«Eterno Rey del cielo
 que diste al sol su lumbre seductora,
 perlas á el arroyuelo,
 á el ave voz canora
 y rosas esplendentes á la aurora.

Tú, Dios de la armonía,
 centro inmoble de luz y de belleza,
 de amor y de poesía;
 tú, fuente de pureza,
 do su encanto bebió naturaleza.

Templa la sed ardiente
 que tengo de verdades. ¿Por qué unida
 á el agua trasparente
 virtud hay escondida
 que obró el milagro de salvar mi vida?

¿Qué encierra aquella higuera,
 árbol de ciencia que la ciencia vana
 del débil hombre altera?
 ¿Qué fuente soberana
 de dichas y virtudes allí mana?

Pero quizás osado
 te ofendo yo con mi soberbia loca.
 Dí si te has indignado